

REFLEXIONES DEL PRESIDENTE DE LA CEB

¿Por qué soy bautista?

Esta es una pregunta que no todos saben responder. Algunos afirman que son bautistas porque nacieron en una familia donde todos sus miembros eran bautistas, o porque fueron evangelizados por bautistas y que, por lo tanto, serían, en caso contrario, Pentecostales, o Hermanos Libres, o Presbiterianos, o Católicos, Luteranos, Mormones o Testigos de Jehová o de cualquier religión. Como para ellos ser bautista es un accidente, está demás decir que carecen de importancia sus convicciones y argumentos.

A otros les incomoda hablar de su denominación porque consideran que las diferentes denominaciones atentan contra la unidad de la iglesia y que, por lo tanto, las denominaciones no deberían existir. Hace muchos años atrás oí decir que las denominaciones son un veneno, un pecado que había que arrancar de la iglesia. Incluso algunos reforzaron esta idea diciendo que Cristo tiene solo una esposa y no muchas, y que cuando regrese vendrá a buscar a una sola, la novia, la esposa del Cordero, para sus bodas en el cielo y por lo tanto, dicen, todos debemos ser uno, la iglesia debe ser una, incluyendo la iglesia Católica Romana y otros grupos cristianos heterodoxos.

Por otro lado, estas ideas se reforzaron en los concejos pastorales de cada ciudad. Muchos de estos encuentros interdenominacionales resultaron ser una bendición porque hicieron caer los prejuicios entre ellos al orar juntos, o al recibir alguna enseñanza edificante, o compartir un tiempo de koinonía y por trabajar juntos en la evangelización. Estos y otros factores contribuyeron a afianzar la amistad entre pastores e iglesias completamente dispares. Sin lugar a dudas fue algo positivo, pero lamentablemente en algunos grupos interdenominacionales se han diluido y perdido las ricas y valiosas características distintivas de cada denominación para conformar algo diferente, suigéneris y sin raíces.

Muchas veces fui invitado para dar una serie de conferencias en las Convenciones de la Red de Multiplicación de iglesias, donde participan los principales líderes y obispos de diferentes denominaciones, como las Asambleas de Dios, Iglesia de Dios de la Santidad, Nazarenos, Pentecostales y otras,

y donde me sentí honrado al representar a los Bautistas. Noté que la distinción de ser bautista enriquecía la diversidad de todas las denominaciones representadas. La riqueza estaba, no en la homogeneidad sino en la diferencia. Diferentes estructuras, diferentes enfoques, diferentes énfasis teológicos, diferentes eclesiologías, diferentes métodos y formas de pensar, pero unidos en el objetivo de hacer crecer y multiplicar las iglesias en el continente, cada uno con su propia denominación.

Carlos Spurgeon se convirtió en una iglesia Metodista, pero se bautizó y se hizo miembro en una iglesia bautista. Después de su bautismo, su madre le escribió una carta en la cual decía: “¡Ah, Charles! A menudo le pedí al Señor que te hiciera cristiano, pero nunca la pedí que te hicieras bautista.”

“-¡Ah, madre! – le respondió Spurgeon - El Señor respondió a tu oración con su generosidad habitual, y te ha concedido muchísimo más de lo que pediste o imaginaste”

Para Spurgeon ser bautista es un don de la generosidad de Dios, porque estuvo convencido que la iglesia bautista es la que estaba más cerca de la iglesia primitiva del Nuevo Testamento. ¿Por qué pensaba así? Porque la iglesia bautista nació como un movimiento que empujaba a la reforma más allá de la Reforma del siglo XVI. Era la reforma de la Reforma. La iglesia Bautista no perteneció a la reforma protestante que ocurrió un siglo antes, sino a un grupo no-conformista en Inglaterra que consideraba a la reforma anglicana como insuficiente y que debía ir más a fondo. Y bien, así fue que los primeros bautistas fueron más a fondo que los anabaptistas, que los Menonitas, de los Luteranos y Calvinistas. No solo por su énfasis en el bautismo por inmersión total (que ni siquiera practicaban los anabaptistas) sino a favor de una iglesia formada solamente por miembros regenerados por el Espíritu Santo, por la libertad de conciencia y la libre interpretación de las Escrituras y por la separación de la iglesia y el Estado. Sus ideas y posición teológica resultaron revolucionarias, inquietantes y amenazantes. Por eso los bautistas fueron considerados como un peligro para la unidad del país, acusados de herejes y traidores, y por eso fueron perseguidos y encarcelados.

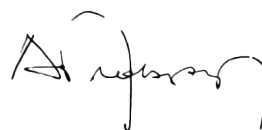
Uno de los primeros pastores bautistas fue Thomas Helwys quien escribió un tratado en el año 1612 titulado “Una breve declaración del misterio de la iniquidad”, y lo dedicó al rey Jacobo I de Inglaterra, y debido a sus ideas fue encarcelado y murió en la prisión de Newgate en el año 1616 a la edad de cuarenta

años. Este tratado fue la más grande declaración sobre la Libertad de Conciencia que se haya escrito hasta entonces. En un párrafo dice: “Escucha, oh Rey, y presta atención al consejo de tus pobres, y haz que sus quejas lleguen ante ti. El rey es un hombre mortal, y no Dios; por lo tanto, no tiene poder sobre las almas inmortales de sus súbditos para dictarles leyes y ordenanzas, ni para establecer señores espirituales sobre ellos. Si el rey tiene autoridad para establecer señores y leyes espirituales, entonces es un Dios inmortal, y no un hombre mortal.” Además defendió no solo la libertad de pensar y creer los cristianos, sino a todos, diciendo: “tampoco puede el rey ser juez entre Dios y el hombre. Sean herejes, turcos, judíos o lo que sean, no corresponde al poder terrenal castigarlos en lo más mínimo”

¿Qué es la libertad de conciencia? Se define la libertad de conciencia que profesamos los bautistas como “el derecho fundamental a tener, mantener, o cambiar las propias creencias, tanto religiosas como morales o ideológicas, sin ser coaccionado o discriminado por ellas. Incluye la libertad de manifestar esas creencias, tanto individual como colectivamente, en público o en privado.” Por eso es tan difícil definir la identidad bautista, porque hay bautistas arminianos y calvinistas, bautistas conservadores y renovados, bautistas tradicionales y bautistas carismáticos, bautistas generales que creen que Cristo murió por todos, y bautistas particulares que creen que Cristo murió solo por los elegidos y la lista de esta paleta de colores y variedades continúa hasta hoy. Aquí está nuestra riqueza y también nuestra gloria.

Soy bautista por convicción. Soy bautista porque quiero empujar la Reforma más allá de la Reforma para que logre la excelencia en su misión en el mundo, de hacer discípulos a todas las naciones. Soy bautista porque creo en la autoridad la Biblia en todo y porque creo en el Señorío de Jesucristo sobre todas las cosas. Soy bautista porque defiendiendo mi libertad y la libertad de conciencia de otros. Soy bautista porque respeto a mi propia denominación y a otras denominaciones y aprendo de ellas y porque estoy persuadido que en Cristo Jesús somos un solo cuerpo, y miembros los unos de los otros, aunque cada miembro tiene su propia función, del mismo modo que cada denominación.

¿Qué soy? Soy bautista, simplemente.


Alberto Prokopchuk
Presidente